Aristocracia

★ Cuando en 1950 el Premio Nacional de Literatura de Chile —— recayó sobre José Santos González Vera, la sorpresa, la indignación, anduvieron metidas en el ambiente intelectual, y los diarios extendieron al gran público la polémica de los consternados. En esa fecha González Vera tenía 53 años y, en treinta años de participación en la literatura, sólo había publicado dos libros, Vidas mínimas y Alhué, ninguno de los cuales superaba las cien páginas, y en diversas revistas tenía disperso un conjunto equivalente de páginas. Para los criterios cuantitativos de nuestra AUDE —y de los áudicos chilenos que también los hay— era un escritor sin derecho a jubilación ni beneficio

Pero para algún crítico, como Alone, que había seguido su obra desde el comienzo con admirada atención, ese premio distinguía con certeza la calidad más precisa: "Premiar, ahora, en esta país, la finura, la elegancia, la discreción, el silencio, un nombre sólido, sin estripito, una obra seriosa, de alta calidad. la prosa más rara, impalpable, impercepible, aguda, como desdichada. Lo hallo desconcertante... No sólo en Chile, en América es rara su moderación una Alteza Serenísima a quien nada de lo humano causa extrañeza y que llegó al mundo, provista de una sabiduría inmemorial".

Por una vez al menos habían sido burlados los propagandistas de sí mismos, los que se organizan bandos, los que coaccionan premios, gestionan artículos laudatorios y chuelean impúdicamente sus candidaturas, los que necesitan del aplauso en vida porque saben que con la muerte se aventarán tanto sus cenizas como sus escritos. Un hombre silencioso y retraído, que había creído con impagable paciencia una literatura auténtica que no hablaba ni escarmecía al público, se veía proyectado hacia él con una temporalidad estática de la cual proceden sus siguientes libros: en 1961 Nascimento edita Cuando eres muchacho; en 1964 Entrapelas, colección de ensayos; en 1968 Algunos, serie de doce biografías de escritores chilenos. Son sus libros más extensos, en su mayor parte compuestos con las páginas sueltas publicadas en revistas, especialmente en Babel en una época chilena muy estrechamente vinculado. Junto a ellos se prodigan sus dos primeros libros con la pintoresca mención, tan reveladora del afán de precisión lingüística de González Vera: segunda, tercera, cuarta edición, "corregida y disminuida". En esta América palabrera, llena de frecuentemente verborragia hueca, esta cuato chileno se ha regido por el criterio de la más estricta economía, aliada a la empecinada búsqueda de la calidad artística. Es uno de los motivos de su ejemplaridad.

★ *Vidas mínimas*

Otro es la espontánea capacidad para concentrarse en lo que, utilizando un título suyo, llamaríamos "vidas mínimas". La naturaleza, el paisaje, el trajinado paisaje de la calle ciudadana son en sus libros un servicial escenario para destacar con un contorno vergonzoso a los auténticos protagonistas: los seres humanos. Esos no están elegidos por sus rasgos brillantes o por sus acciones desmesuradas, sino, al contrario, por una restricta humanidad: si esta palabra pudiera valer como sinónimo de simple y cotidiano.

Pero, y esa es la exitosa operación del artista, González Vera asume tal contracción atenta por sus criaturas mínimas que consigue la hazaña de que la vida corriente, incluso trivial, de un conventillo donde no pasa nada desgraciado (en Vidas mínimas) llegue a dibujarse ante nosotros como un espectáculo de sostenida seducción; que los personajes de un humilde pueblo alicaído (en Alhué) aun faltos de riqueza anecdótica, sostengan nuestro interés; que la vida de un crítico literario (Alone en Algunos) sea atractiva como la de un héroe novelesco.

La zama habitual que recorre es la que va del proletariado o del "roto" a una pequeña clase media; sus avenzas son las consabidas de la lucha por la vida, de los problemas corrugados, del mucho conversar y opinar sobre el mundo, de los oficios y los amistades. Al hacer de esta materia algo tan preciso y gustoso, González Vera demuestra que el problema previo del escritor está en el punto de vista que asume ante el mundo exterior, y que el amor o la rigurosa de las criaturas que incluyen sus páginas deriva de la dimensión con que el ojo del escritor las mira: un horóscopo astro, un microscopio que encerrada de conventillo pueden adquirir así la dimensión interesante de un Rastor o un Sorel.

Son seres reales, que seres que han sido compañeros de vida y que González Vera aprecia en el estricto lugar en que lo acompañaron, pero que los hombres que, aunque sin pertenecer a una sola clase social, coinciden tan en

tes, profesores filósofos, políticos y artistas unos y otros letrados y ningún usufructuador. ¿Qué hicimos? Las Fiestas de la Primavera y la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional; el Club de Estudiantes, instalado en un palacio, y las grandes huelgas del carbón; la Revista Juventud y el incendio de la Escuela de Farmacia. En síntesis despertar la conciencia de la masa y el alma de los universitarios. ¿Qué destruimos? Infinitos prejuicios".

Carlos Vicuña por su parte (en "El año veinte") reconoce "la sapiencia creciente, enardecida y casi angustiosa de la clase media por conquistar las posiciones administrativas, políticas, sociales y económicas que los "sistemas" desdeñados creían merecer, sobre todo si consideramos su cultura superior y su carácter indiscutible"; aspiración justificada que produce la ascención de la clase media.

Y González Vera diagnostica con exactitud las consecuencias del movimiento reformista, al analizar la obra de Alessandri (en Cuando era muchachos): "fue un gran reformador, pero superó paralelo que Balmaceda, pero superó a este en que supo y sabía, en cada momento, cuál era el punto de acuerdo entre los intereses contrarios, y esa sabiduría le permitió, con un mínimo de apoyaciones, crear la nueva Constitución, separar la Iglesia del Estado y forjar el sistema para que se acogieran todas las leyes sociales, con lo cual evitó la revolución, salvó la vida y fortuna de las clases altas, abrió camino al proletariado para conquistar lo suyo y fortaleció hasta límites increíbles a la naciente clase media, fuerza de equilibrio. Es casi imposible imaginar lo que era el pueblo a comienzos de este siglo, pero los que en esa época eran jóvenes pueden recordar algo y retroceserían aquella realidad si mirasen, ahora, el caos de un desfile obrero atendiendo sólo a cómo van vestidos".

González Vera, originalmente escasista como Manuel Rojas, parece colocarlismente de este movimiento, y su espíritu es fiel cuando otros, escasando por Alessandri, lo traicionan. Su ideología social y política tiene exacta equivalencia en su literatura, quizás con más rigor individualizado, con mayor nitidez que en su amigo Rojas. En muchos momentos de la historia chilena y de la política internacional, se le encontrará sin pluralidad en demagogia, en la misma toma posición, la de un hombre de izquierda, lúcido y seguro, y es así en integra la redacción de Babel donde Enrique Espinoza congrega a Cro-Agrifa, Luis Franco, Martínez Estrada, Juvencio Valle, Ernesto Montenegro. Puede resultar ejemplar esta cuidada de Alone: "En el espíritu de González Vera encontrarán curiosamente las ideas agitadas (empeoó anarquista y se la detenido en el límite del comunismo y una forma imposible, una actitud imperturbable. Revolucionario lúcido, llevado al terreno de la acción, prohibiendo se paralizarlo el fuero precio lanzar palabras vanas, frase de clamatorias, como es preciso hacerlo en una revolución. Ante todo el buen gusto, y como el buen gusto es medida, proporción, equilibrio, yo no le tendría miedo a un movimiento revolucionario dirigido por González Vera. Al contrario. Me gustaría verlo, participaría en él".

Los personajes de González Vera son los que reclamaron el movimiento de año 20. Sin ser la suya literatura proletaria, está movida por su espíritu en lo que el proletariado de formación anarquista, a principios de siglo, los ejemplaremos: una orgullosa conciencia de clase, una negración de justicia, un sentido independiente y pulimiento de la vida, un fervor individualista que

del Pueblo

por Angel Rama

puede llegar a la extravagancia, esa vena lúcida sea y seria del hombre. No es raro que la admiración literaria marque de su adolescencia fuera Máximo Gorki al punto de juntar dinero para encargarle un cilindro de Edison. "Mi principio estuvo muy orgulloso y ambicioso —nos llevándola Gorki— el hombre superior que uno anhela ser". La independencia viril de Gorki, su mundo prolífico, su atención humana y la multifacética galería de personajes que describen, resultaron una inestimable inclinación para que el muy joven Vera, que ya había dejado la calle, de ocupar decenas de oficios muy distintos todos, de las más modestas ferias, del espíritu revolucionario, derrota la posibilidad de expresarlo en la narrativa.

★ *Presente histórico*

Su literatura es, básicamente, realista. González Vera siempre ha contado acta que vivió u oyó, y ahí cómodo le al testimonio propio, atenéndose a dos virtudes perentorias que es uno encontrar intimo: la precisión para observar y el rigor para registrar la memoria.

Hay en él una afinadísima sensibilidad para registrar los hechos en su perfil seguro, como recortados limpiamente de la realidad. Es la precisión, la limpieza y aprehensión exactas correspondientes, en literatura, a una operación mental mucho más difícil de lo que en apariencia aparentemente parecería creer: es previo un balanceo de los hechos, una estimativa intuitiva, una valoración barajunda de sus elementos y la selección ejercida de un mínimo de aspectos importantes.

Así se forma la precisión observadora de González Vera, cuyos efectos artísticos no deben confundirse con los de las técnicas naturalistas de la narrazón, de las cuales le aleja una distintiva parque tal, incluso esa sequedad propia que el estimó rango típico del hombre chileno. Nunca, hasta el registro la complejidad caótica del mundo agobiante para quien a cada violencia por el contrario, su prosa se contiene sobre una uniforme racional, a veces revela una actil organización geométrica, de tal modo que, al ser despoja de sus adherencias informes y, sin perder su verosimilitud, ganancia y su vivacidad, funciona en un plano de absoluta inmediatez inteligible. A seguir de ser tan alerta al arte europeo de la vanguardia, González Vera de él ha recogido la confianza en el hecho como elemento de la narrazón como a veces sentimos en nuestro Morosoli o en el primer Hernández.

A la precisión se agrega una memoria prodigiosa. Toda la obra de González Vera está hecha de recuerdos, con los que prefiere e inclinación por el pretido que va de sus años a sus veinticinco años. Poderia llamársela literatura de evocación, pero ocurre que en ella no funciona el elemento distorsionador, por supuesto, que llamamos "tiempo". Estos libros se instalan cómodamente en el régimen del presente histórico, y los sucesos son registrados como si acabaran de ponderse.

Incluso la distancia que se percibe entre el narrador y la cosa narrada, no obedece al largo viaje que debe recorrerse hacia el pasado, sino a un constitutivo alejamiento espacial —no temporal— al que recurre González Vera para escribir. Las cosas del pasado están frente a él cuando les cuenta. Ello, precisa en la polaridad de la memoria, como elementos vivos. Si el tiempo ha laborado sobre ellos, ha sido sólo en el sentido de intensificar su primitiva condición de ser del perfil y de su funcionamiento.

★ *Humorismo*

La deducción es fácil: este escritor carece de imaginación. Así es. No encuentro una sola coyuntura que me permita trasmitir una elaboración imaginativa. Si por acaso aparece alguna, se transforma de inmediato en humorismo, constituyéndose en un juego de reflexión de la real. Esta carencia se hace más sensible en sus estructuras narrativas, permanentemente abiertas, faltas del remate habitual que rehuyeron los desenlaces de tal modo que sin cuentos son, en definitiva, presas fragmentarias que surtor las tal rrumpe en un determinado momento porque ya ha logrado contagiarnos la sensación de vida que buscaí, también podría continuarlas o, como ha hecho, abortarlas.

Sus libros. Vidas mínimas. Albué. Cuenta una sucesión de, con cuntos diversos tenbre todo en las páginas de Babel. Vera es un definitivo un poco volumen que no tiene comienzo ni fin. Como que son al discurso de la vida de González Vera y no pueden aceptar otro comienzo que el de su memoria ni otro fin que el de su muerte. La continuidad de los temas queda subrayada por la similitud tonal y de técnica narrativa, sobrentendida con la impresión de que es un stendhalismo escrito que se pasa también a lo jugo de un camino.

La falta de imaginación es compensada, y con bastante generosidad, por el cauto humorismo que mueve un signo crítico constante. Porque González Vera no es un ejemplo anticipado de los objetivistas actuales, sino que se introduce en esa realidad que retrata con un espíritu rápido, oportuno. Véanse algunos ejemplos, de Cuando era muchacho: "Mujeres repulsivas a las muchachas. Alguna le sonreía. Su preocupación era muy honrosa. Por eso fumaba con frenesí. Para acentuar su hombría empezó a beber. Si no fuera por el vino no cabría la gente en el cuarto". "El profesor de castellano fue don Clemente Barahona Vega. Era alto, delgado de pretuberancias. Usaba las sonrosadas de unos anteojos que daban lejanía a su mirar. Detestaba sin ocultarlo a los alumnos". "Leonela era compañdita. Luego entraba al Liceo como al recibir bajaba del cielo". "Otro amigo entrañable fue Pineda, cuya figura no me acuerdo si pecaba a Dávila. Escribía versos sobre el arrabal. Eran los versos más desesperados que: "Los profundos sollozos del piso". "Pineda, Dávila, Leonela la composición en que figuraba. Pineda estaba enamorado de Leonela. Dávila era cordial y estaba. Murió pronto. A veces nos reuníamos en casa de Pineda a jugar unas cartas y fueron muriendo entre los quinos y los veinticinco. Un chileno pobre que llega a la madurez debería ser pensionado". Y si el humor siempre nos hace sufrir, sufrimos, ahí está la imaginación loca de que es capaz el realista, cuando se pone a jugar de tipos humanos, sastres, lustrabotas, carpinteros, mujeres, hasta hacer de Chile un mitico país lleno de extravagantes. Y, en medio de todo, todos que ofrecen los extranjeros en un cuento magnífico, que es Benjamín Vicuña (p. 57).

Pero humorismo e variedad real no pueden impedir el aire seco que rodea a todos los libros. Es la fidelidad que le atribuye Alone y que yo no encuentro porque lo hallo arrebato y plácido, sino la sequedad que se produce cuando los procesos asociativos libres del recuerdo son sevemente controlados por el envolvente impulso del narrador, que es intelectual e inventivo, está retenido. Esta sequedad es exterior, acaba por ganar una peliculosidad y salvaguarda los misteriosos vivientes, los salva del rescoldo del tiempo.

★ *Mundo de evidencias*

Por lo mismo la parte importante que en la literatura ocupan los sentimientos, las subjetividades, las creencias religiosas, en la de González Vera es sustituida, puntualmente, por la enumeración de las cosas materiales tocables del mundo, por este mismo mundo exterior bien contemplado.

Es la suya una literatura de evidencias, que le ata a la contemplación de una realidad que es cierta, tanto en sus planos material como espiritual. El capítulo ("Alberte de mis hermanos") dedica tres páginas casi sin adjetivos a contar esta serie de calamidades: la enfermedad de sus cuatro hermanos, la muerte de uno de ellos, la pobreza del empleo por parte del padre, su posterior alejamiento, su regreso, postración y muerte. Concluye diciendo: "Cuesta hacerse creer sin ser testigo que el dio los pies. No cabe gritar. El católico, el budista, o el musulmán, tiene un dios a su disposición y puede comprar el paso muy luego". Etc. de cosas guisas sos un dón. Hogaño podía recuperarse una religión más remesada. Sin embargo, algo muy escondido en mí, algo que no tenemos, que no que el hombre habrá encontrado su camino sino cuando avienta todas las creencias, y ya no valor de ser creerse a los hechos. Hay que formar una sociedad a base de evidencia. Ante el de mi dependiera, no empujaría a nadie por este camino. Pero, ¿cómo hacerlos es 4?".

Lo mismo podría aplicarse a su literatura realista. No es de creencias, sino de evidencias. Es necesario una valor tranquilo para atenerse a los hechos, considerándolos con iguales dosis neutralizadores de afecto y enjuiciamiento. Su obra es evidencia de muchos de ellos, de hechos innumerables y de un jardín de criaturas contrarias, pero no es la pasión sino la razón de esa realidad lo que centra al escritor. Y a falta de tono de pasiones, González Vera es ejemplo de lo que Sartre hubiera llamado "la buena fe".

★ *Un hombre entre otros*

Toda su obra, tanto la confesadamente autobiográfica (Cuando era muchacho) como la que lo sigue siendo bajo el embozo de la ficción (Albué, donde este pueblo suplanta al natal Valagana) está escrita en primera persona. Pero no motivo de perplejidad saber cómo ha hecho González Vera para que esa "yo" resulte tan elusivo y distante. Enrique Espinosa, refiriéndose a la publicación de Cuando era muchacho, recuerda esta anécdota significativa: "Alpiera, por temor a la propia confusión tal vez, echó de menos el yo en la tapa, y se lo agregó generosamente al ocuparse de si mismo con ferocidad. Es cierto, en verdad, no hace ninguna falta en nuestro idioma. En el caso de González Vera está especialmente lícito, porque habla siempre de si mismo como de otro que llevara un nombre. Nunca le atribuya un papel heroico y nunca, tampoco, uno villanesco. Le atribuye sin embargo, un papel central: el de espectador siempre atento, siempre, para quien no hay oficio más gustoso que el de ver vivir a los demás".

Ese es el misterio estilístico primero de estas obras: no ello habla en primera persona, sino que además habla de cosas que vivió personalmente, pero ese "yo" que usa es el menos cargante de los "yoes" posibles, y de poco vale apelar al patrocinio flaubertiano, porque González se esconde en ningún personaje. Aquí se prueba la buena fe

ACABA DE APARECER

★ *LEON MIRLAS: O'NEILL Y EL TEATRO CONTEMPORANEO. Buenos Aires. Ediciones Nuevas. 1960.*

Para el público de habla española el nombre de O'Neill ha quedado asido en forma indisoluble a la obra de Eugene O'Neill. Pero en una traducción de *El Gran Dios Brown* y una posterior antología en devoción de pioneroderoviario a Mirlas se ha dado un paso para dilundir la obra del escritor del realismo norteamericano, también debe comprobarse las deventajas de esta vinculación, tal como lo demuestra el análisis de opiniones que ha ofrecido de sus principales obras y las reseñas en la aparición de estas de las mismas.

Esta reunión es una reelaboración del primer libro que Mirlas dedicara a la dramaturgia de O'Neill y, como entonces, tiene un espíritu de fragmentación que recuerda la necesidad de un análisis profundo de las obras del norteamericano a medida que se publicaban. Pero más grave que este aspecto de "libro para agregados", se le simplidad del análisis crítico, que se limita a aportar, por parte de Mirlas, de la escuela bibliografía consagrada al tema tanto en Estados Unidos como en Europa, sin ningún aporte para la interpretación dramática de sus obras.

Para recordar los últimos aportes bibliográficos de la escuela parcialista y aquella Rais de Doris Falk que publicara recientemente Nor, donde se hace y constata establecer una vicita enhorcete del autor sub ayuda de los idiomas del psicoanálisis y de la crítica existencial. En todo caso el libro de Mirlas puede servir como una primera elemental entrada a un tema cuya importancia se va acrecentando año a año.

A. S.